

EL PLANETA DE SHAKESPEARE

Clifford D. Simak



Cuando Horton despierta de su sueño criogénico, el cyborg que gobierna su nave la ha hecho aterrizar en un planeta desconocido que debe explorar ayudado por el robot Nicomedes. Al visitar el planeta, encontrará a un ser sorprendente, llegado a través de un extraño túnel teleportador construido por seres desconocidos, y se enterará de la vida de alguien llamado Shakespeare, habitante del planeta que ha realizado anotaciones misteriosas en un libro, y finalmente le ha pedido que comiera su carne, y conservara su esqueleto...

EL PLANETA DE SHAKESPEARE

Clifford D. Simak

PREFACIO

Clifford Donald Simak es uno de los autores clásicos de la ciencia ficción, que ha sabido obtener éxitos a lo largo de más de cincuenta años ininterrumpidos de creación. Su primer relato, *El Mundo del Sol Rojo* apareció en *Wonder Stories* en 1931, y uno de los más recientes *La Gruta de los Ciervos Danzarines* (Analog, abril 1980) le ha merecido el premio Nébulas de 1980 y los premios Hugo y Locus de 1981.

Si bien sus primeros relatos pertenecen claramente a la época y a la ambientación de las revistas pulp y se inscriben en la space opera, poco a poco Simak fue orientándose hacia la evocación de temas menos espectaculares y superficiales. Destaca en él la exaltación de la vida rural y la comunión con la naturaleza, en un intento de potenciar la conexión del hombre con el medio en que vive. Se le califica fácilmente de escritor «humanista» que trata repetidamente el tema de la fraternidad entre el ser humano y los extraterrestres (ESTACIÓN DE TRÁNSITO), entre el ser humano y sus criaturas: los robots y los androides (UNA Y OTRA VEZ), e incluso entre el ser humano y los animales (CIUDAD). También se ha lanzado a especulaciones teológicas y casi místicas en A CHOICE OF GOODS (1972) que, pese a ello, mantiene su habitual tono sentimental y pastoral.

En general, la obra de Simak ha sido ampliamente traducida al castellano, pues no en vano es uno de los autores puntales del género. Pero a partir de los años setenta, sus

novelas no han obtenido la adecuada atención por parte de los editores de nuestro país. Es cierto que en muchas de ellas el autor se ha orientado hacia la fantasía y que no siempre logra el mismo nivel de calidad, pero entre ellas se encuentran obras muy interesantes y entretenidas. De esta década, la mayoría de comentaristas destacan A CHOICE OF GOODS (1972) y EL PLANETA DE SHAKESPEARE (1976) que hoy presentamos. También merece atención especial PROJECT POPE (1981), en la que se mezclan hábilmente el tema de la religión, el de la robótica (el nuevo Papa de que habla el título va a ser un robot), y una rara sociedad de robots y humanos que parecen haber elaborado una religión perfecta en el planeta END OF NOTHING (Final de Nada). Otro título importante es A HERITAGE OF STARS (1977) que le mereció el premio Júpiter.

EL PLANETA DE SHAKESPEARE nos muestra lo mejor de un Simak en pleno dominio de sus facultades, en una vena entre poética y filosófica no exenta de aventuras, misterio y abundantes sorpresas.

La Tierra ha empezado a lanzar naves exploradoras a nuevos planetas colonizables. Los tripulantes viajan hibernados y serán despertados cuando el cyborg que gobierna la Nave detecte un planeta adecuado. Horton, el protagonista, descubrirá al despertar que su Nave ha tenido un accidente y que sus dos cotripulantes humanos han fallecido. Para ayudarse en la exploración del planeta le quedan, como únicos compañeros, la personalidad triple del cyborg que forma la Nave y un sencillo robot. Hasta aquí un tema clásico cuyo tratamiento se centra esencialmente en la personalidad del protagonista, la de los tres componentes del cyborg y la del robot. Pero las sorpresas crecen cuando Horton encuentra a un exótico ser, que responde al nombre de Carnivore. Éste le hablará de un antiguo habitante del planeta llamado Shakespeare y de las misteriosas anotaciones que éste hacía en un grueso libro. También conoceremos cómo al morir Shakespeare, Carnivore comió su carne

pero no sus huesos, tal y como aquél le había pedido. Y a partir de aquí empieza el misterio...

MIQUEL BARCELÓ

1

Eran tres aunque a veces solo había uno. Cuando eso ocurría, con menos frecuencia de la debida, ese uno no tenía conciencia de que alguna vez hubiesen sido tres, porque ese uno era una extraña fusión de sus personalidades. Cuando se volvían uno, la transformación era algo más que una simple adición de los tres, como si mediante esa unión de sí mismos se añadiera una nueva dimensión, que hacía de la suma de los tres algo de mayor magnitud que el todo. Sólo cuando los tres eran uno —un uno inconsciente de los tres—, la fusión de tres cerebros y tres personalidades se acercaba al objetivo de su ser.

Eran la Nave y la Nave era ellos. Para convertirse en la Nave, o intentar convertirse en la Nave, sacrificaban sus cuerpos y, quizás, una buena dosis de su humanidad. Sacrificaban también sus almas, tal vez, aunque esto era algo en lo que nadie, y ellos menos que nadie, se ponía de acuerdo. Debe notarse que este desacuerdo era totalmente ajeno a la convicción o al descreimiento de que pudieran tener almas.

Estaban en el espacio, lo mismo que la Nave, lo que es comprensible porque ellos eran la Nave. Desnudos ante la soledad y la vaciedad del espacio tal como desnuda estaba la Nave. Simultáneamente desnudos ante el concepto de espacio, que no se entiende en su totalidad, y el concepto de tiempo que, en última instancia, es menos comprensible que el espacio. Y también desnudos, descubrieron finalmente, ante los atributos de espacio y tiempo, infinitud y

eternidad, dos conceptos que escapan a la capacidad de toda intelección.

A medida que pasaban los siglos, se convencieron colectivamente de que se convertirían, con toda certeza, en la Nave y nada más que la Nave, deshaciéndose de todo lo que habían sido antes. Pero aún no habían alcanzado ese punto. La humanidad persistía, la memoria permanecía. A veces todavía percibían las viejas identidades, quizá con la lucidez un tanto embotada, el orgullo debilitado; fue a raíz de la acuciante duda de haber sido tan nobles en sus sacrificios como en un momento dado lograron convencerse a sí mismos. Porque finalmente se les ocurrió, aunque no a todos a la vez, sino uno a uno, que habían sido culpables de una evasiva semántica al emplear el término *sacrificio* para encubrir su egoísmo básico. Uno tras otro fueron pensando, en los fugaces intervalos en que eran auténticamente sinceros consigo mismos, que las acuciantes dudas que los atormentaban podían ser más importantes que el orgullo. En otras ocasiones, surgían viejos triunfos y pesares de tiempos remotos, y a solas, sin compartirlos con los demás, cada uno meditaba en los viejos triunfos y pesares, obteniendo de ellos una satisfacción que no reconocerían siquiera ante sí mismos. Otras veces dos se apartaban del otro y hablaban entre sí. Esto era una vergüenza y sabían que era una vergüenza que aplazaba el momento en que finalmente fundirían sus propias identidades en una sola identidad, que se configuraría a través de la consolidación de sus tres identidades. En sus momentos de mayor franqueza comprendían que al hacerlo estaban huyendo, instintivamente, de la pérdida definitiva de la identidad personal, que es el único terror palpable que toda vida sensible relaciona con la muerte.

Sin embargo, en general y cada vez más a medida que pasaba el tiempo, eran la Nave y nada más que la Nave, y en ello había una satisfacción y un orgullo, y algunas veces cierta santidad. La santidad era una cualidad que no podía

definirse en palabras ni plasmarse en un pensamiento, pues estaba fuera y más allá de toda sensación o éxito que el instrumento conocido como hombre haya evocado en el supremo ejercicio de su no poca considerable imaginación. Era, hasta cierto punto, una sensación de hermandad menor con el tiempo y el espacio, la sensación de ser uno, extrañamente identificado con el concepto espaciotemporal, ese hipotético estado que es el modelo primordial del universo. En este estado eran afines a las estrellas y vecinos de las galaxias, mientras la vaciedad y la soledad, aunque nunca se despojaban del horror, se volvía terreno conocido. En los mejores momentos, cuando casi alcanzaban su objetivo final, la Nave se desvanecía progresivamente de sus conciencias y sólo ellos, el uno en ellos consolidado, se trasladaba en medio, a través de y por encima de la soledad y la vaciedad, no ya indefenso, sino como un nativo del universo que era ahora su territorio.

2

Dijo Shakespeare a Carnivore:

—Casi ha llegado el momento. La vida se marchita rápidamente, la siento desvanecerse. Tienes que estar preparado. Tus colmillos han de penetrar la carne en ese efímero instante anterior a la muerte. No debes matarme sino comerme incluso mientras muero. Y recuerda, sin duda, el resto. No olvides nada de lo que te he dicho. Tienes que ser el sustituto de los míos porque ninguno de ellos está aquí. Como mejor amigo, como único amigo, no debes avergonzarme mientras paso a mejor vida.

Carnivore se agachó y dijo, estremecido:

—No es algo que yo haya pedido. No es algo que elegiría hacer. No corresponde a mi estilo matar a los viejos o agonizantes. Mi presa debe estar llena de vida y fortaleza. Pero lo mismo que una vida a otra, que una inteligencia a otra, no puedo rechazarte. Dices que es algo sagrado, que debo celebrar un oficio sacerdotal y esto es algo a lo que nadie puede sustraerse, aunque todos mis instintos se rebelan contra el acto de devorar a un amigo.

—Abrigo la esperanza de que mi carne no sea demasiado dura ni su sabor fuerte —dijo Shakespeare—. Abrigo la esperanza de que su ingestión no te provoque náuseas.

—No tendré náuseas —prometió Carnivore—. Me sobrepondré a ellas. Me comportaré lealmente. Haré todo lo que pides. Seguiré todas las instrucciones. Puedes morir en paz y con dignidad sabiendo que tu último y más sincero amigo se ocupará de los oficios de la muerte. Aunque me

permitirás observar que ésta es la ceremonia más extraña y odiosa de la que haya oído hablar en una vida larga y malgastada.

Shakespeare rió entre dientes y dijo débilmente:

—Te lo permitiré.

3

Cárter Horton cobró vida. Tuvo la impresión de estar en el fondo de un pozo. El pozo estaba lleno de una borrosa oscuridad y, repentinamente asustado y colérico, intentó liberarse de la borra y la oscuridad para salir del pozo. Pero la oscuridad lo envolvió y lo borroso dificultó sus movimientos. Poco después se quedó quieto. Su mente chasqueaba vacilante mientras trataba de saber dónde estaba y cómo había llegado allí, pero nada había que le diera una respuesta. Carecía de recuerdos. Tumbado e inmóvil, le sorprendió descubrir que se sentía cómodo y abrigado, como si siempre hubiera estado allí, cómodo y abrigado, pero sólo ahora fuera consciente de la comodidad y la tibieza.

Pero a través de la comodidad y la tibieza, sintió una frenética urgencia y se preguntó a qué se debía. Estaba bien seguir así, se dijo a sí mismo, pero algo en su interior gritaba que no era suficiente. Una vez más intentó salir del pozo, quitarse de encima la borra y la oscuridad, pero fracasó y retrocedió, exhausto. Demasiado débil, se dijo. ¿Por qué estaría débil?

Trató de gritar para llamar la atención pero su voz no emitió ningún sonido. Entonces se alegró de que así fuera, porque hasta que no se sintiera más fuerte podía ser insensato llamar la atención. No sabía dónde estaba, ni qué o quién podía acechar en las cercanías, ni con qué intención.

Volvió a instalarse en la oscuridad borrosa, confiando en que lo ocultaría de lo que fuese y le causó cierta gracia descubrir que lentamente se filtraba en su ser la ira por ver-

se obligado a acurrucarse para no llamar la atención. Gradualmente se esfumaron la borra y la oscuridad; le asombró descubrir que no estaba en un pozo. Tuvo la impresión, más bien, de encontrarse en un pequeño espacio que ahora podía ver.

A ambos lados unas paredes metálicas ascendían y se curvaban a unos treinta centímetros por encima de su cabeza, formando un techo. Unos raros artilugios estaban empotrados en ranuras del techo, justo encima de él. Al verlos, la memoria comenzó a rezumar y arrastró consigo una sensación de frío. Pensando en ello no logró evocar un frío real, aunque la sensación de frío estaba presente. A medida que el recuerdo del frío se extendía para tocarlo, sintió una oleada de aprensión. Unas paletas ocultas echaban aire cálido sobre él y entonces comprendió la tibieza. Y la comodidad, notó, se debía a que estaba echado en un suave y mullido acolchado tendido en el suelo del cubículo, pensó... incluso las palabras, la terminología, empezaban a volver. Los artilugios de raro aspecto metidos en las ranuras del techo formaban parte del sistema de mantenimiento vital, y sabía que estaban allí porque ya no los necesitaba. La razón por la que ya no los necesitaba, supo, era que la Nave había aterrizado.

Nave había aterrizado y él había sido despertado de su sueño frío; habían deshelado su cuerpo, administrado drogas de recuperación a su torrente sanguíneo, dosis cuidadosamente medidas de nutrientes altamente energéticos, lo habían masajeadado y caldeado hasta devolverle la vida. Estaba vivo si es que había estado muerto. Y memorizando recordó las infinitas discusiones sobre esta cuestión y reflexionó, rumió, desgarró, despedazó y luego intentó volver a unir las piezas meticulosamente. Lo llamaban sueño frío, por cierto... *tenían* que llamarlo así por su sonido suave y laxo. ¿Pero era sueño o muerte? ¿Uno se moría y despertaba? ¿O moría y resucitaba?

En realidad ya no importa, pensó. Muerte o sueño, ahora estaba vivo. Caray, se dijo, el sistema funcionó realmente... notó por vez primera que había albergado ciertas dudas sobre su funcionamiento pese a todos los experimentos que habían practicado con ratones, perros y monos. Aunque nunca había mencionado sus dudas, recordó, ocultándoselas no sólo a los demás sino a sí mismo. Y si él estaba vivo, los demás también tenían que estarlo. Dentro de unos minutos se arrastraría fuera del cubículo y los vería: los cuatro volverían a reunirse. Le parecía que ayer habían estado juntos, como si hubieran pasado la noche en compañía mutua y ahora, después de dormir, hubiesen despertado de una noche sin sueños. Empero, sabía que había transcurrido mucho más que una noche... tanto como un siglo, quizá.

Torció la cabeza a un lado y vio la escotilla con su portilla de gruesos cristales. A través del cristal divisó la minúscula sala con los cuatro armarios alineados contra la pared. No había nadie... lo que significaba que los demás seguían en sus cubículos. Se le ocurrió gritarles, pero lo pensó mejor. Sería indecoroso, excesivamente exuberante y un tanto juvenil.

Apoyó la mano en el pastillo y tironeó hacia abajo. Encontró resistencia pero por último logró bajarlo y la escotilla se abrió de par en par. Encogió las piernas y las articuló para pasar a través de la escotilla, con grandes dificultades pues había poco lugar. Pero finalmente las pasó y retorciendo su cuerpo se deslizó hasta el suelo. El contacto con el suelo le heló los pies y el metal del cubículo también estaba frío. Se acercó de prisa al cubículo adjunto, se asomó a través del cristal de la escotilla y vio que estaba desierto, con los sistemas de mantenimiento vital empotrados en las ranuras del techo. Los otros dos cubículos también estaban vacíos. Sintió pánico. Los otros tres, reanimados, no podían haberlo abandonado. Lo habrían esperado para salir todos juntos. Es lo que hubieran hecho, estaba convencido, a me-

nos que hubiese ocurrido algo imprevisto. ¿Y qué podía haber sucedido?

Helen lo habría esperado. De eso estaba seguro. Mary y Tom podrían haberse largado, pero Helen no se habría ido sin él.

Asustado, arremetió contra el armario que llevaba su nombre. Tuvo que tironear fuertemente del pomo después de hacerlo girar, con el propósito de abrir el armario. El vacío interior presentaba resistencia y cuando por fin se abrió la puerta lo hizo con una detonación. En las perchas había ropa y el calzado estaba pulcramente ordenado en fila. Cogió unos pantalones y se los puso, introdujo los pies en un par de botas. Cuando abrió la puerta de la sala de suspensión, notó que el salón estaba vacío y la portilla principal de la nave abierta. Corrió a través del salón hasta la portilla.

La rampa bajaba a una llanura cubierta de hierbas que se extendía hacia la izquierda. A la derecha, escarpadas colinas se alzaban desde el llano y más allá vio una inconmensurable cordillera, azul oscura desde la lejanía, empinada hacia los cielos. No había nada en la llanura con excepción de la hierba, que ondulaba como la mar cuando la atraviesan ráfagas de viento. Las colinas estaban cubiertas de árboles de follaje negro y rojo. El aire fresco tenía un regusto fuerte y picante. No había nadie a la vista.

Bajó hasta la mitad de la rampa y siguió sin ver a nadie. El planeta era un vacío y ese vacío parecía llamarlo. Empezó a gritar para preguntar si había alguien allí, pero el miedo y el vacío secaron sus palabras y no logró articularlas. Tembló al comprender que algo había fallado. Las cosas no eran como debían ser. Volvió sobre sus pasos pisando fuerte la rampa y cruzó la cámara intermedia.

—¡Nave! —chilló—. Nave, ¿qué demonios ocurre?

Nave dijo serenamente, con indiferencia, en el interior de la mente de Cáster:

¿Cuál es el problema, señor Horton?